

La pintura de Sergio Montecino

(Expresividad y ternura)

RICARDO BINDIS*

Muy próximo a celebrar el medio siglo de labor artística, Sergio Montecino, el maestro de los paisajes osorninos y los retratos de exaltado cromatismo, sigue trabajando con el mismo tesón de sus comienzos, lúcido y activo en distintas áreas de las artes visuales. Nuestro artista nació el 27 de enero de 1916 y tras una breve incursión por la Escuela de Derecho, ingresa en 1938 a la Escuela de Bellas Artes, en la que anclará por toda una vida, pues fue docente por más de treinta años y su taller en la romántica institución del Parque Forestal fue paradero de músicos, poetas y plásticos.

El artista forma parte de la "generación del cuarenta", que él mismo bautizó, y es su representante más distinguido. Se trata de un gran paisajista, tema donde destaca por sus verdes cargados de vitalidad y colores de fiesta, ya que se siente unido a su tierra y no se fatiga de fijar lomajes sureños. La distorsión formal y el tratamiento de la figura humana también alcanza niveles de excelencia en algunos retratos interpretados. Es un maestro en captar la húmeda geografía austral, los cielos pluviosos, que nos permiten reconocer un pedazo de nuestra geografía, sin caer en el servilismo imitativo.

*RICARDO BINDIS FULLER. Profesor de Historia del Arte y crítico de arte en diarios y revistas. Ha sido docente en varias universidades chilenas. Autor de libros sobre pintores chilenos. Su última obra es *La pintura chilena desde Gil de Castro hasta nuestros días*.

El modelo que tiene en frente lo estimula, ya que partiendo de lo que le ofrece el natural, precisa de la reflexión en el taller, para sacarles partido a los amarillos intensos y a los rojos de fuego. En su ventana florida, en los árboles de la tierra generosa, en los paisajes abiertos, como en sus cordilleras tan personales, está un canto a la vida y la naturaleza. Lo importante siempre es la calidad plástica y la coherencia estilística. Los rasgos personales emergen en forma permanente en su producción. Son casi cincuenta años sin grandes variaciones fundamentales en su planteamiento artístico, que han quedado demostrados en numerosas exhibiciones personales y envíos colectivos al exterior.

En la hoja biográfica de Montecino sobresalen sus variados cursos de perfeccionamiento en avanzados centros de estudios del arte y el conocimiento de obras maestras del arte universal. En 1944 ganó una beca para estudiar en Brasil, que abrió horizontes insospechados en su obra, propicia a los cambios. Poco más de una década después, en 1956, obtuvo una bolsa de estudios para perfeccionarse en Italia, lo que le permitió recorrer toda Europa, en un largo viaje que duró cerca de dos años. De allí en adelante se transformó en un permanente turista de los caminos del arte, cuyas emociones quedaron fijadas en artículos y conferencias, sin olvidar, por supuesto, la creación pictórica.

Su permanente sed de conocimientos y afanes de cotejar estilos distintos, búsquedas contrastadas, quedan reflejadas en sus confesiones, cuando recién marcha por primera vez a Europa. Nos dijo: "Trataré de mirar en todos los ambientes, ya que gusto de frecuentar distintos y opuestos escenarios, donde se desenvuelve la actividad humana: los mercados con su bullicio y el abigarrado esplendor cromático de sus ventas; las pescaderías con su ofrenda marina. El otro ángulo: otras cosas más espirituales y afines a uno mismo, el gran concierto o el espectáculo teatral; la danza, los museos, el contacto con artistas europeos, sin desdeñar la modesta compañía revisteril de barrio, el sainete de aficionados o el dominguero espectáculo deportivo".

Ya maduro, en 1970, completó su periplo europeo al gozar de un intercambio universitario entre la Universidad de Chile y la Universidad Karl Marx de Leipzig.

Al enfrentarnos con sus obras más recientes es posible destacar una vez más sus condiciones artísticas, que constituyeron en su tiempo —sobre todo en el período de la última conflagración mundial que impedía la llegada a Chile de la literatura plástica europea— la defensa ardorosa de las corrientes de renovación. Como socio fundador de la revista *Pro Arte*, se recuerdan sus artículos para alentar a la juventud a nutrirse con los nuevos postulados

plásticos que regían en el viejo continente. Los muchachos que se iniciaban en los secretos de la pintura saben lo que bregó Montecino por imponer y destacar la nueva visualidad desde las columnas del divulgado semanario artístico, y la viva lección plástica que emanaba desde sus encendidos colores y el sentido y distorsionado dibujo que, como un grito en el muro, dictaba ejemplarizadamente su enunciación.

Mucho ha cambiado nuestro ambiente y muchas han sido las vivencias y emociones plásticas de nuestro pintor, que en sus numerosos viajes ha madurado su personal factura pictórica. Pero siguen estando presentes aquí sus mismas características, su instintiva vena de colorista. Hoy día es posible que no se eleve al primer plano de la innovación, de la mutación más reciente que ha lanzado París, pero vale la pena recordar que mucho del cambio, del efervescente momento plástico actual de Chile se debe al desinteresado esfuerzo que desplegó hace tres décadas este hábil captador de los paisajes australes. El mantenerse en una línea sin vaivenes, en la constante de sus principios plásticos que sólo ha depurado el tiempo, habla muy positivamente de sus innovaciones, que han estado muy de acuerdo a un sentido impulso interno sin alardes de modernismo epidérmico.

Se trata de un pintor muy fecundo, con una vasta producción, que se ha entusiasmado por igual con las iglesias de Italia, las plazas de París, los enigmáticos monumentos de la Isla de Pascua o los bosques del sur de Chile, con la misma pasión colorística. Deja que su mano fluya con rapidez y con la mayor espontaneidad. Es un admirador muy decidido, en todo caso, de la geografía de su patria, de las tradiciones locales, pero en la variedad temática encuentra la posibilidad de encontrar hallazgos plásticos señeros. La urgencia del diseño ágil, la pincelada de primera intención, el colorido contrastado, existen por igual en cualquier asunto que aborde. Es una línea grafística, leal a sus impulsos iniciales, que son los mismos que observó su maestro Augusto Eguiluz, cuando recién ingresó a la Escuela de Bellas Artes.

Consideramos que se trata de uno de los máximos artistas de la pintura nacional y que tiene mucho de "añoranzas", como expresó con cariño y autoridad su amigo Camilo Mori, un colega que no ahorraba elogios para referirse al artista sureño. La paleta exuberante, de vivísimos tonos puros, encuentra en sus personajes y vistas panorámicas, una posibilidad para excitarnos con su ímpetu expresivo, con sus brochazos salidos del corazón. La síntesis formal, el cromatismo de rotunda vitalidad se sienten estimulados por su suelo natal y sus seres queridos; de allí que haya obtenido tantas recompensas en salones y concursos diversos, que sería casi imposible de enumerar en estas notas biográficas.

A lo largo de treinta años de duro batallar en el oficio de enjuiciar la obra de arte, hemos escrito en numerosas oportunidades acerca del fecundo maestro que nos ocupa en esta ocasión, y siempre está presente el elogio a la vocación decidida y a la claridad de los objetivos plásticos. Su norte no ha tenido vacilaciones, pero consideramos que no ha sido un punto de vista personal. Otros severos jueces han distinguido a este osornino trotamundos, ya que en dos oportunidades ha recibido alta votación para ganar el Premio Nacional de Arte. Una sola nominación lo ha dejado sin el preciado galardón en 1974 y 1985. Esto ahorra todo comentario sobre la importancia de su producción.

Las inquietudes culturales de Sergio Montecino van más allá de la docencia, la conferencia y la creación pictórica, ya que ha dedicado su tiempo a editar dos libros: *Pintores y escultores de Chile* (1970) y *Entre músicos y pintores* (1985), donde recoge el rico anecdotario de artistas que son parte de la historia de este país. Las situaciones humanas poco conocidas, la chanza simpática y la solidaria convivencia de una generación aparecen retratadas con cariño por este protagonista de cincuenta años de vida intelectual. Los libros están ampliamente ilustrados con fotografías, que recuerdan fiestas de compañerismo, veladas culturales y cuadros de colegas. La buena impresión ayuda a una lectura agradable y el reconocimiento de personajes perdidos en la memoria.

Los libros de Montecino interesan a quienes vivieron el momento, como a jóvenes que desean escudriñar en la vida de artistas que deambularon junto a las viejas murallas de los talleres de la Escuela de Bellas Artes. La tertulia interminable en los pisos altos de la academia del Parque Forestal, los sueños de gloria y las anécdotas ocurridas en París, la meta anhelada por una generación, avivan la nostalgia. Las cartas de Juan Francisco González, Enriqueta Petit y Pilo Yáñez son documentos inolvidables para delinear la personalidad de estos creadores, pero que también ayudan para definir una época romántica. Son relatos amables, que se leen sin fatiga, de un momento tan grato en las bellas artes nacionales, sin rencores de ningún tipo.

Recorriendo viejos recortes nuestros, nos hemos topado con elogios a *Magnolias*, obra realizada en 1945, donde admiramos la interesante gama de rojos, blancos y tonos neutros, trabajados en una rara simplificación formal, que vislumbran su madurez posterior. *Autorretrato* (1947), que ilustra el libro *Historia de la Pintura Chilena* de Antonio Romera, es una curiosa manera de ornamentar el fondo en azulinos y blancos, que tanto sirve para apoyar la expresividad. Es una tela que se interna en lo más 'expresionista' de Montecino. El intenso rojo que estalla detrás de *Vivian* (1949) no se desvaloriza ante los grises marfileños de la figura. *Dos hermanos* (1954) y

Gustavito (1955), ambas de gran intensidad de color y extrema simplicidad, denotan la marcada imaginación plástica que siempre demostró.

Los monumentales lienzos de más reciente data, como *La nube blanca* (1979), Premio en la Bienal de Valparaíso, acusan al atrevido gustador de las armonías por oposición y el paroxismo cromático. *La ola* (1965), que ganó importante recompensa, también aprovecha el contrastado colorido, con brochazos que sólo sugieren la situación que tiene al frente. En el enorme tríptico *Coyhaique* (1984), la zona austral vuelve a apasionarlo con su embrujo y llega a lo esencial en ese friso de una fuerza emotiva poco corriente. En estos cuadros todo se sugiere; nada se explica completamente, pues el artista deja una buena parte a la fantasía del espectador.

A esta altura de nuestro relato es bueno recordar el entusiasmo que ha despertado su obra en comentarios de especialistas. Antonio R. Romera dijo: "Temperado expresionista en sus paisajes sureños y audaz colorido en sus retratos llenos de vida interior". Mientras que Karin Alexis, en *The Eagle* de Washington, expresó: "Montecino utiliza un enfoque expresionista que respeta simultáneamente la realidad visual con el carácter intrínseco del tema que elige describir... La yuxtaposición de las pinceladas dinámicas y sueltas manchas fragmentadas de pigmentos, sirven para unir las cualidades del misterio de los monolitos en tanto que confieren a los moais una casi vitalidad orgánica".

El pintor Camilo Mori escribió: "Paisaje de su corazón, deberíamos decir, en los que a veces cantan los verdes sonoros, o estalla y vibra la nota de oro de una naranja, o escondida crepita la llamarada de un rojo bermellón. Y esto lo digo sin literatura, porque este pintor es pintor de veras; pues él nos transmite su visión, su concepción del mundo circundante; su último sentimiento del paisaje con el lenguaje pictórico más auténtico, con su máxima elocuencia, con su mayor riqueza. Y es justamente con el uso maestro de esos medios, de esos valores que nos habla también su espíritu de su forma de estar en el mundo y su manera de sentir la vida".

El escritor Enrique Lafourcade se refirió a nuestro artista en los siguientes términos: "La comprensible extensión del tema amenazaba con reducir la obra de Sergio Montecino a un cuidadoso estudio topográfico premunido de un violento y bello color. Conspiraba la naturaleza, devorando a la persona, no dejándole sitio. Y sin embargo, era posible advertir en estos cuadros un anhelo de revuelta. Violentos tonos solían aparecer en el horizonte, allí en donde uno esperaba la bruma suave de la lejanía. El dibujo se quebraba, indignado, otras veces. Pero nunca tanto como para que, por último, el tema sometiera al pintor a sus particulares leyes".

El inolvidable Luis Oyarzún se expresó así: "Ahora me pasmo admirando los cuadros que surgieron de esa lenta aventura. Montecino captó en Pascua todo el misterio visual que rodea a la Isla y se exhala de ella, como de un cráter otra vez activo. Pascua es un paisaje mítico y en las telas de Montecino cohabitan el paisaje y el mito. La figura mítica envuelta en el paisaje como el embrión en el claustro materno, y la tierra toda amasada de figuras y huellas, toda entera como un meteoro garabateado por la pasión humana. Felices y torturados ojos los que recogieron esas luces pasmosas, estos rostros, estas cuencas vacías con tan honda convulsión visionaria".

Los conceptos emitidos por Isabel Cruz son muy laudatorios: "Los cuadros de Sergio Montecino recogen la conmoción que el espectáculo natural produce en su ánimo; pero no hay que buscar la nota acre y dramática del expresionismo germano ni su convulsionado y tenso desgarramiento emocional. Sus óleos explayan lomas, valles, lagos, cielos y mares, con una alegría directa, sin ambages ni lucubraciones. La sensación meteorológica del aire, del viento, la bravura de las olas, los matices de la bruma o los reflejos de la tempestad motivan las sensaciones del pintor y sirven a la vez como vehículos expresivos de sus emociones, frente al cambiante devenir de la naturaleza".

Una obra y una vida, como vemos, dedicada por entero a las artes visuales y plena de éxitos profesionales. El maestro Sergio Montecino, con un sillón en el Instituto de Chile y obras en grandes museos de Chile y el extranjero, se ha enfrentado siempre al paisaje y sus retratados con espíritu de égloga, que emana de sus valientes superficies colorísticas tan singulares, cargadas de estremecimientos íntimos.

La pincelada directa, grafística, denota al amante de la parte formal, pero jamás deja atrás la temperatura emotiva del contenido. Contemplativo, observador y pronto al elogio de la obra de sus colegas, ha tenido participación permanente en la Asociación de Pintores y Escultores de Chile, en la que todavía ocupa un cargo directivo. Es un medio siglo muy activo, en diferentes frentes en pro de la cultura, como se ha podido constatar en estas líneas biográficas.



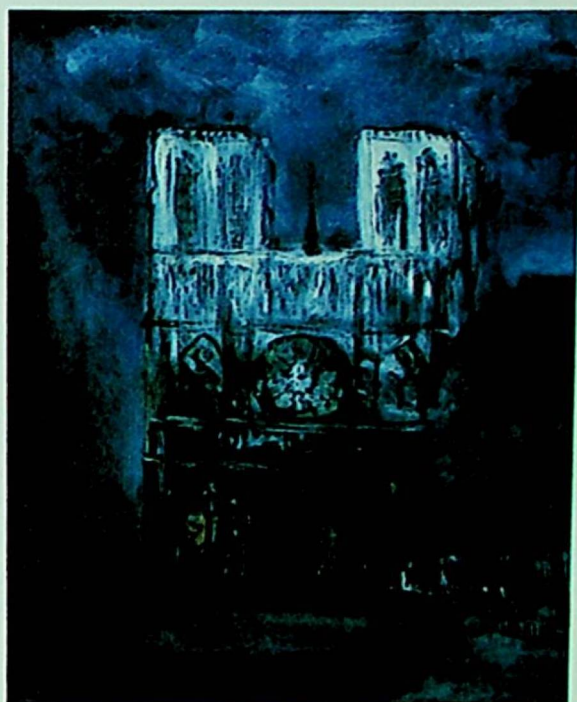
Sergio Montecino, laureado pintor chileno que en 1988 cumplirá 50 años de actividad artística. Es, además, profesor y crítico de arte.



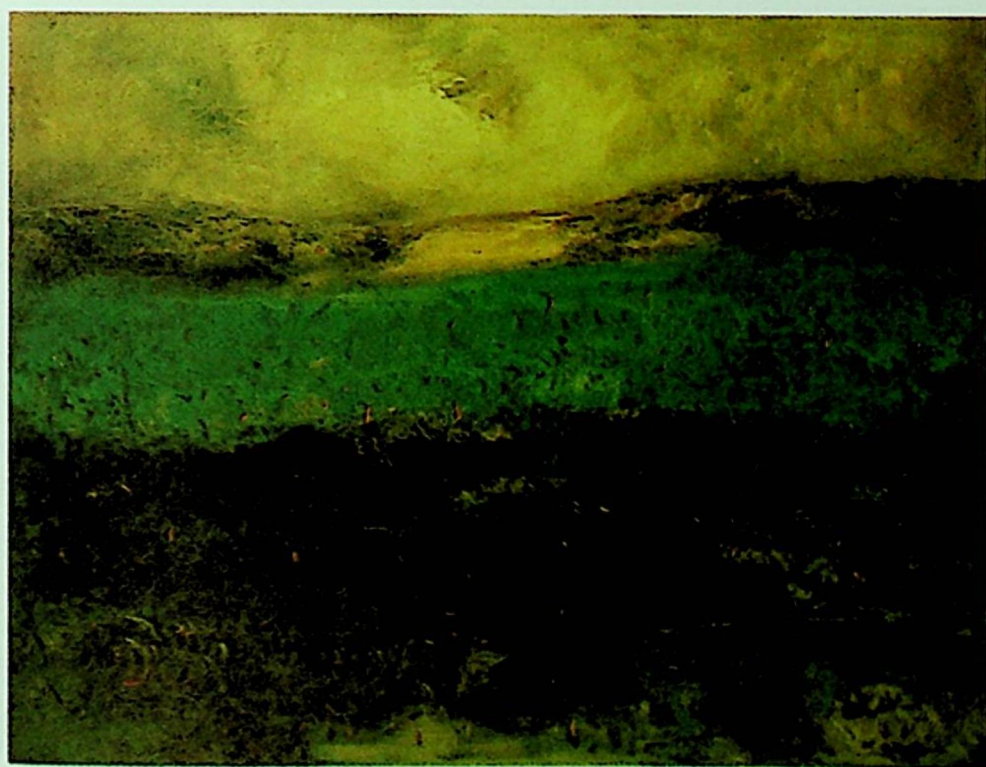
Sergio Montecino. Autorretrato. Propiedad de la Pinacoteca de la Universidad de Concepción.



S. M. Flores. 1975



S. M. Notre Dame. 1957



Sergio Montecino. Paisaje.



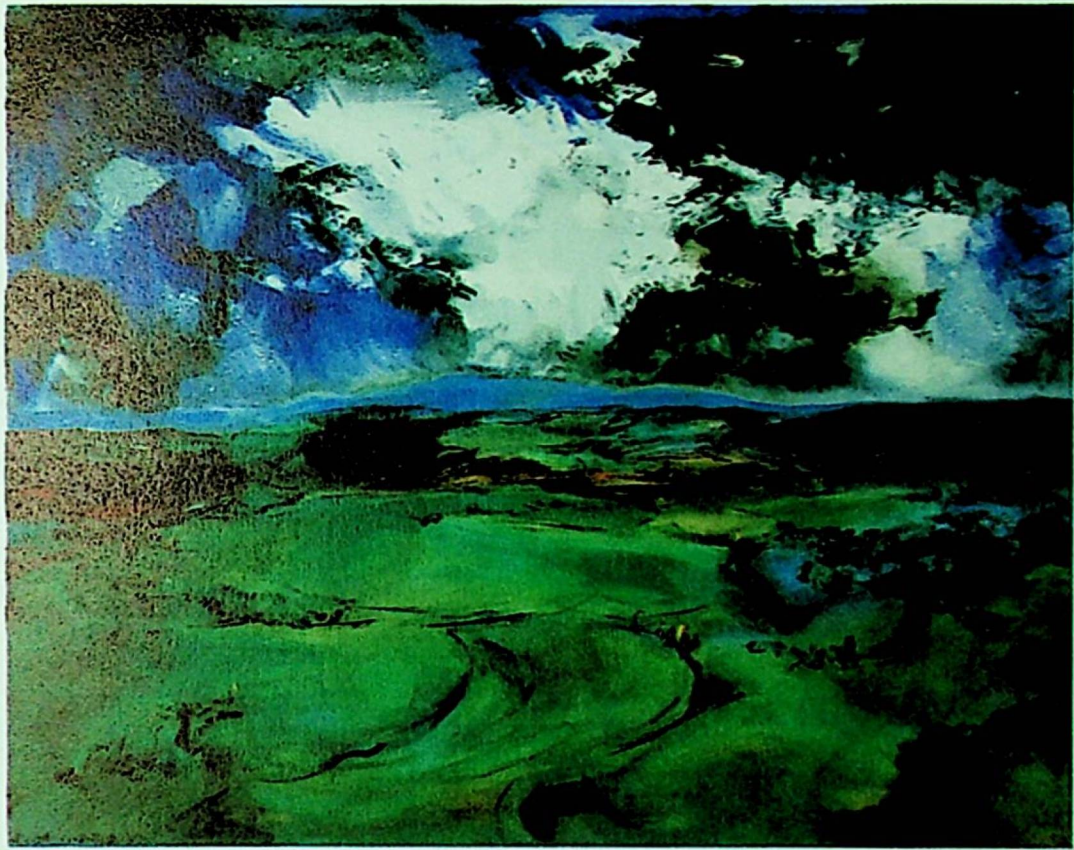
S. M. Tempestad. 1972.



S. M. Ventana. 1976.



Sergio Montecino. Paulette en el rastrojo. 1970.



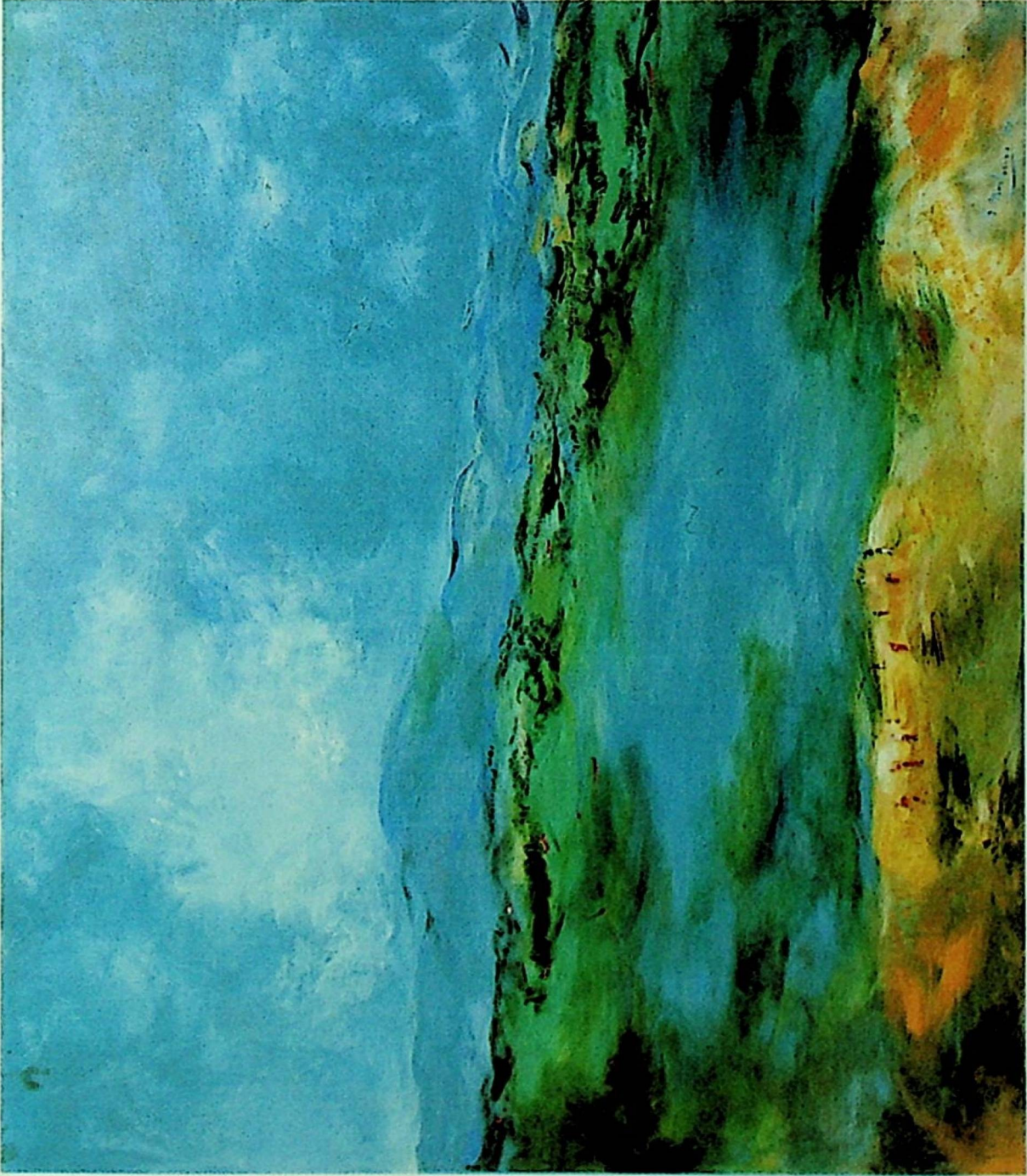
S. M. *La nube blanca*. 1978.



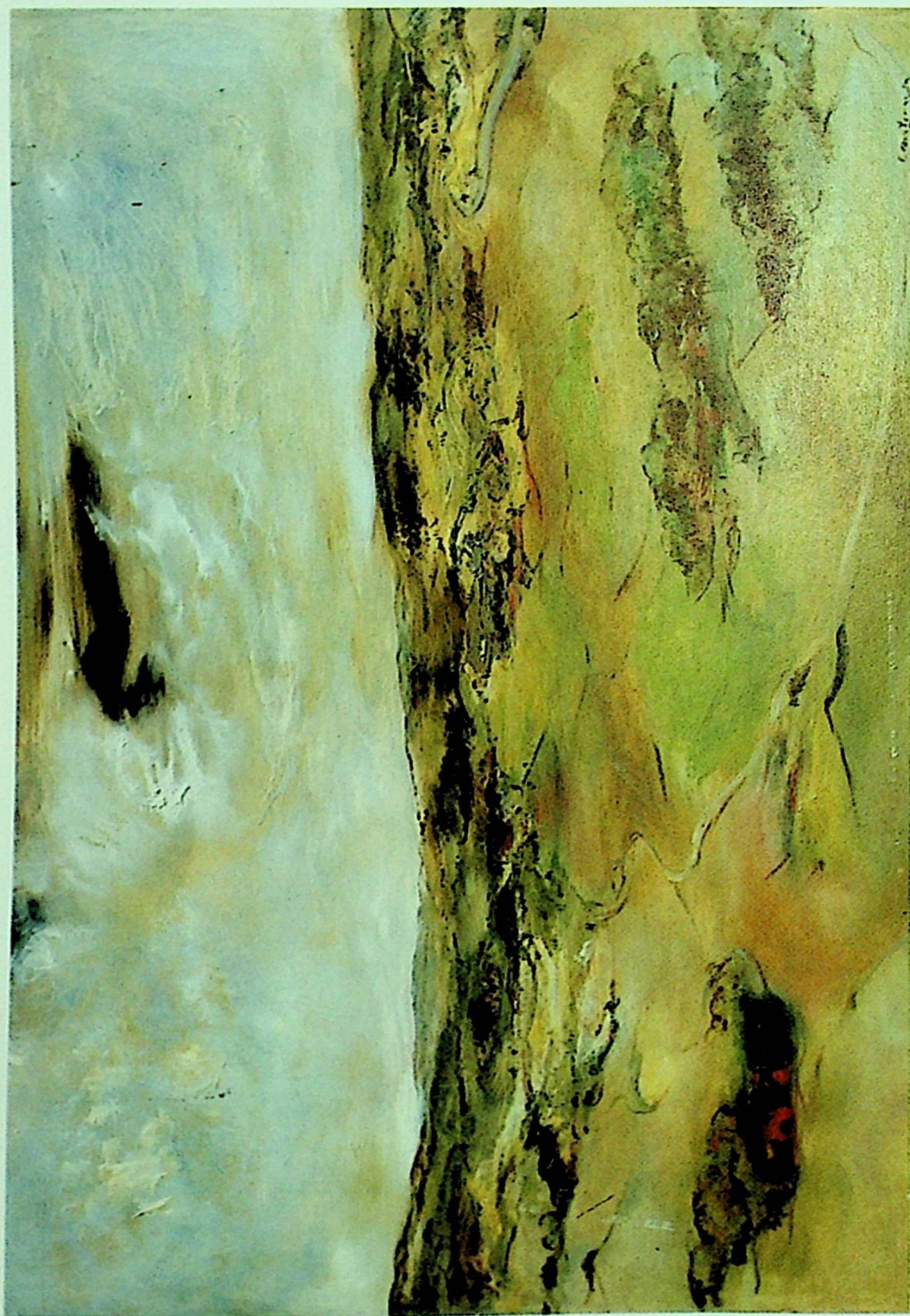
S. M. *Paisaje marino*. 1964.



Sergio Montecino. Puerto. 1951



Sergio Montecino. La Laguna. 1970



Sergio Montecino. Alrededores de Osorno. 1955